336

LA NOVELA
CORTA

10 cts.

EL RESCATE

por

VARGAS VILA

Año V
N.º 223

LA NOVELA CORTA

Madrid 24
Abril 1920

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDÓS.—49. Electra.-53. Doña Perfecta.-58. La loca de la casa.-62. Realidad. - 82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

BENAVENTE. — 9. Todos somos unos. 102. La copa encantada.-107. El marido de su viuda.

QUINTERO.—66. Doña Clarines. - 71. El patio. - 75. La escondida senda. - 88. El niño prodigio.-*Pepita Reyes.

GUIMERÁ.—113. María Rosa. - 114. Tierra baja.

LINARES RIVAS.—16. El Cardenal.-99. La Cizaña- 101. Bodas de plata.

MARTINEZ SIERRA.—29. Primavera en Otoño.-**El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136.Un drama nuevo-*La bola de nieve.-*Lances de honor.-149. La locura de amor.- *Lo positivo.-*Virginia

DICENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse -24. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer. - 60. Daniel.-69. Amor de artistas.-77. Aurora. -92. Luciano.-**Juan José.

ZORRILLA.—*El Alcalde Ronquillo.-130. El Zapatero y el Rey.- 131. Sancho García. - 148. El puñal del Godo. - 171. La mejor razón la espada.

VILLAESPESA. — 10. El rey Galaor. - 23. Aben-Humeya. - 37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla. - *El Halconero. -**El Alcázar de las perlas.-28. La Gioconda.

MARQUINA.— 154. En Flandes se ha puesto el sol-*Doña María la Brava.-*El Retablo de Agrellano. - *Las hijas del Cid. - *El Rey Trovador.

RAMOS CARRIÓN. — 84. El noveno mandamiento. - 86. La Tempestad. - 95. La Bruja.-155.La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant -*Mi cara mitad.-123.Los señoritos.-*La criatura. -90. La Marseilesa.

VITAL AZA. — 32. Francfort. - 33. La Rebotica. - 36. Ciencias exactas.-39. La Praviana.-45. Parada y fonda.-50 Tiquis miquis. - 63. La sala de armas.-157. Las codornices.-137.El sueño dorado. - 125. El matrimonio interino.- *Llovido del cielo.-*El señor cura.- 138. El sombrero de copa. - *Con la música a otra parte.- *El afinador.-*Perecito.

RAMOS CARRIÓN - VITAL AZA.—147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta-*Robo en despoblado. - 151. El padrón municipal.- 110 El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118. El rey que rabió.

ECHEGARAY (Miguel). -- 44. La viejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo-*La Credencial.-163.Los Hugonotes.-120. Entre parientes. - 111. El octavo, no mentir.

ARNICHES.—2. La sobrina del cura. - 11 La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretes. - 21. La señorita de Trevelez.- 43. La gentuza.-67. La noche de Reyes.

ARNICHES - GARCIA ALVAREZ. — 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.- 83. El método Górritz. - 87. El cuarteto Pons. -97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-105.Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

GARCIA ALVAREZ - MUÑOZ SECA.— 8. El verdugo de Sevilla. - 12. Fúcar XXI.- 34. La frescura de Lafuente. - 51. El último Bravo. - 56. Los cuatro Robinsones. - 64. Pastor y Borrego.-73. Trampa y cartón.*Faustina

PASO - ABATI.—13. El rio de oro.-40. El gran tacaño.- 116. La Divina Providencia.- *El infierno:- *Los perros de presa. - *El Paraiso. - *La mar salada. - *La bendición de Dios.-*El asombro de Damasco. - *El tren rápido. - *El velón de Lucena. - *Nieves de la Sierra.-*La alegria del vivir.

PERRIN - PALACIOS.—74. La Corte de Faraón. - 80. La manta zamorana. - 81. Pedro Gimenez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo. - 109. El Húsar de la Guardía. - 142. Enseñanza libre-*Cinematógrafo Nacional.-*Certamen Nacional.- *Cuadros disolventes.-150 La tierra del Sol. - *Las mujeres de Don Juan.-146. El Pais de las Hadas.

TORRES DEL ALAMO -- ASENJO.— 22. Serafina la Rubiales. - 61. El chico del cafetín.-165. La boda de Cayetana.-*La suerte de Salustiano.-161. Los pendientes de la Trini.-7. Charito la Samaritana.-*El Tenor.

PARADAS Y JIMÉNEZ.-170.La Chicharra.-168. Las Corsarias.-174. La Madrina.-172. El Nido del principal.-*La casa de los milagros.-*La Canastilla.-*El primer rorro.-*La suerte perra.

COMEDIAS Y ZARZUELAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-18. El hombre que asesinó.-25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-27. López de Coria.31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerose.-38. Raffles. - 41. Mirandolina. - 42. Genio y figura.- 47. Petit-Café. - 48. Los Noveleros.-54. La Tizona.- 55. Miquette y su mamá. - 57. Los gemelos.- 98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-108. La tia de Carlos. - 141. La barbade Carrillo.- 103. La Tosca.- 112. Fedora.-121. Los gansos del Capitolio.- 129. El director general.-145. El crimen de la calle de Leganitos.--160. La señorita del almacén.-- 117. El obscuro dominio.-- 126. Lo que ha de ser.--143. El Revisor.--153. La Ciclón.-166 La pesca del millón.--140. Papá Lebonnard.-173. Jettattore.-156. El amor vela.-139. Jarabe de pico. 167 El señor Duque.-169. El Gobernador de Urbequieta.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete, ¡y verás!- 144. Blasco Jimeno.- 152. Don Francisco de Quevedo. – 164. El Ladrón.-46. La alegria de la huerta.-52.La marcha de Cádiz.-68. Los cadetes de la reina.- 72. La Tempranica.-85 La balsa de aceite.-94. El padrino de «El Nene».--96. El señor Joaquín.-79. El niño judío. - 127. Tonadillas y tonadilleras españolas.- 158. Cantables célebres de zarzuelas españolas.- 159. Ninon. - 162. Pancho Virondo.-Chistes célebres de zarzuelas españolas.

EL RESCATE

NOVELA INÉDITA

POR

VARGAS VILA

En la ojiva de los cielos, transparencias de cristal;
mil esmaltes y arabescos caprichosos multiformes, en perpétua evanescencia de mirajes;
pirográficos paisajes
gerifaltes de metal;
vagas torres de fayenza lentamente diluídos en las suaves lejanías de un color de rosa-té;
orifreses gualda y lila
gallardetes de oro y grana con cenefas de amaranto,
fingiendo van las nubes en lánguida derrota por los cielos hechos tristes a a los besos de la Tarde;
cambiantes, fugitivas perezosas, como en un capricho delicuescente de Omorya Hokkei pintado sobre el violeta trasparente de una tela Avají;
no hay belleza comparable a la belleza de los cielos romanos, cuando declina el día;
cielos de Transfiguración;
y, uno de esos crepúsculos de fin de primavera, envolvía la Ciudad Eterna, en uno como peplo flotante de azul profundo y, de blancuras liliales;
En el *Píncio*, ya el follaje arborescente hacía sombras prematuras, verde claro, de oricalco;
un rumor de cardúmen bajando por un río perdido en la montaña
un vuelo de abejas azoradas en torno a los rosales florecidos;
tal se diría el rumor de tantas hablas;
eran saludos ceremoniosos, cuasi monosilábicos;
diálogos breves;
de coche a coche en aquella como inmóvil banda de carruajes, que llenaban los *viales* adyacentes a la terraza donde la música *dei Cacciatori*, dejaba oir sus notas vibradoras, que pasaban desgarrando el aire con sus polifónicas violen-

---

Las novelas «inéditas» que publica esta Revista, son consideradas como tales bajo la exclusiva responsabilidad de sus autores.

cias, y, sonaban, huían, volaban y parecían extinguirse entre los macizos de árboles o sobre el candor de las clemátidas dormidas;

ligero rumor de risas discretas, tiembla en el aire, con vibraciones musicales;

las plumas de los sombreros de las damas hacían oleajes multicolores, obedeciendo al ritmo de las cabezas orgullosas que los llevaban semejando el lento vuelo de una bandada de punjiles;

toda la aristocracia romana, la blanca y la negra, la del Rey y la del Papa, se hallaba congregada allí, como de costumbre, para ver desde aquel *collis hortorum*, morir el día espléndido sobre la Ciudad Divina, escuchando los acordes de la banda marcial y, engarzando crónicas sociales, en ese salón al aire libre, antes de desbandarse y diseminarse por playas y balnearios huyendo de los calores del estío, ya muy cercano;

se percibían fragmentos de diálogos, frases breves, palabras sueltas, que volaban y vibraban, ligeros y armoniosos como un trinar de pájaros disputándose el grano en una era;

el obelisco, perfilaba su silueta roja, en el oro mórbido de las arenas, y, el gris negro de los asfaltados vecinos, como la sombra de un César, puesto en pie para morir;

la atmósfera, era tibia, acariciadora, con ese hálito de voluptuosidad que flotaba perenemente en Roma, como un *morbus* escapado a las aguas infestadas de las lagunas Pontinas, y, que todo lo impregna de una vaga languidez febricitante;

en la fila de coches que llenaba el *viale* cercano al murallón más allá del cual, extienden el cortinaje de sus frágiles siluetas los tilos de la *Villa Borghèse*, el de la Baronesa Stolcky, se diría una *corbeille fleurie* tal era la belleza y la opulencia de los ramos de rosas blancas y rojas con los cuales el Conde Ornano, acababa de obsequiarlas a ella y, a su hija;

con un pie apoyado en el estribo, y los codos en los dos lados de la portezuela, el Conde conversaba, y su alta silueta se dibujaba elegante y magra, en su traje de «ecuyer», pues acababa de dejar su cabalgadura, que un lacayo guardaba a pocos metros de allí;

la Baronesa, muy delgada, alta, blanca, supremamente elegante en los últimos esplendores de una belleza, que aún conservaba lineamientos clásicos, tenía actitudes de estatua; sus ojos grises, de un gris de pizarra sin pulir, estriados de vetas negras que los hacían a veces de un color bituminoso, parecían inmóviles, entre los párpados a medio cerrar, en un gesto que le era habitual, cuando no ponía lentamente ante ellos sus impertinentes de oro;

en su madurez arrogante, tenía ese aire de soberbia tristeza de las mujeres que han sido muy bellas y, sienten fenecer su belleza en las proximidades de un ocaso sin esperanza;

el arte y los masajes conservaban admirablemente la pureza de sus facciones, y, el delicado perfil de su rostro perfectamente clásico, como nacida en Atenas, y griega como era de varias generaciones aunque su nariz halconada acusase una ligera mezcla de sangre semita que le venía sin duda de su padre, rico banquero de Patrás; sabía la elegancia de su talle y orgullosa de ella, se mantenía erecta, en una actitud de cariátide, sonriendo vagamente a los saludos de unos, a las palabras de otros, al Silencio mismo que a veces se hacía en sus oídos y, parecía decir a su corazón cosas amables.

Sixtina Stolcky, su hija, se le parecía extrañamente, doblando su belleza con el prestigio de su juventud;

alta, delgada, de formas apenas visibles, en una perfecta euritmia de líneas, «slanciatta», como dicen los italianos, su busto aparecía tal vez demasiado largo, a causa de esa falta de morbideces, pero eso daba mayor distinción a su figura y, hacía más aristocrático el conjunto de su belleza exquisita y delicada;

RSC NCU

pálida, como su madre, pero, de una palidez menos láctea, suave, como la de una camelia vista a los rayos de la luna;

su cabellera rubia era tan clara, que tenía reflejos de argento y, para opacarla la peinaba con mixturas azoadas, que le daba un rubio adorable, como el de los estambres de un lirio;

sus ojos de un gris verdoso de malaquita, hacían reflejos cambiantes como los de una agua marina a la sombra apenas visible de las pestañas muy largas, pero del mismo rubio claro de los cabellos, lo cual parecía engrandecerlos desmesuradamente; la nariz, que en su madre era aquilina en ella era perfectamente griega, como cumplía a su raza, porque ella también había nacido en Atenas, aunque de un padre escandinavo, la boca, era larga, de labios delgados, de una coloración apenas perceptible de geranios; un cuello gracil de ánade joven, sobre el cual su cabeza imperiosa se alzaba con un encanto de flor; el cuerpo todo delgado y, ágil, como el de aquellas ninfas ligeras y, nervudas, que se ven en los frescos de Delfos, siguiendo las carreras de Diana, guiando los canes cenceños y feroces como ellas; no guardaba las actitudes estatuarias de su madre, pero había en sus gestos algo de hierático, y una como sombra de enigma en el candor de sus ojos claros, que por momentos se hacían tenebrosos, oraculares como los de una Sibila, y quedaban inmóviles como en un gesto de éxtasis;

el Conde Orniano que le estaba vecino, y con ella conversaba, era el tipo completo de hombre de mundo, figura central y decorativa de la alta sociedad que frecuentaba;

elegante, espiritual, discreto, lleno de una vasta y exquisita cultura, dominaba por el atractivo irresistible de su conversación;

«sportsman» ameritado y cultor férvido de todas las formas de la higiene, conservaba por esto una recia contextura, y grandes apariencias de juventud en ese declinar de su edad madura ya aledaño a la vejez, pues había cumplido cincuenta y ocho años, apenas disimulados por los afeites y, refinamientos de una sabia toilette;

viudo y sin hijos, había pasado la última veintena de su vida, entregado al placer, al estudio y a los «sports»; con una gallardía y, un tesón absolutamente juveniles;

hombre de amor hasta la médula de los huesos; rico, amable, atrevido y decidor, sus conquistas se habían contado por días, ayudándole a mermar por igual su fortuna y su salud;

conservaba sin embargo, restos opulentos de ambas, con los cuales hacía la ilusión de tenerlas completas;

como en todo hombre intelectual, la vejez próxima no ultrajaba sino antes desarrollaba los gérmenes de su vida interior, y, se conformaba de la ausencia del placer, para el cual empezaban a faltarle fuerzas, con el miraje de amores espirituales, que hasta entonces había mirado como engañosas sutilezas del ánimo, y, se había puesto a amar, con un amor de párvulo a Sixtina Stolcky, que recibía sus homenajes sin entusiasmo, cultivando su trato por el encanto que se desprendía de su conversación;

y, él, le decía en ese momento, cosas amables y discretas, impregnadas de una vaga poesía;

hablaban de música con motivo del charivari polifónico que se oía sonar en la terraza cercana, y el cual llenaba el ambiente de notas gayas y, resonantes que parecían tomar formas tangibles y, enredarse a los árboles como gallardetes multicolores;

él, era un ferviente de los grandes románticos, de Mozart y de Listz, y hablaba de ellos a Sixtina, queriendo hacerle comprender, cómo el romanticismo era el único remanso de Ensueño, el único refugio de la Belleza viva, la Belleza del alma, ya que el clasicismo no es sino el reflejo de la Belleza muerta, la copia fiel de la Belleza inerme y caduca:

ella, lo oía con atención;

aquel hombre tenía el privilegio de encantarla con sus decires, y, llenar de fruiciones su cerebro, dejando quieto su corazón; sentía que no podría amarlo nunca, pero, que lo oiría siempre con delectación;

y, en ese instante, su voz, tenía para ella el encanto de una partitura musical, de un andante de Hedell, el autor que en esos días se empeñaba en estudiar y en comprender;

de súbito un ligero temblor la agitó como si una ráfaga de tramontana, hubiese pasado besándola en la nuca desnuda; sus largas manos pálidas temblaron, y algunas de las rosas que sostenía, turbadas en su quietud se deshojaron, haciendo con sus pétalos, uno como dibujo caprichoso al halda de su traje; sus ojos lagunares se obscurecieron bajo el esplendor de las pestañas de oro y se fijaron tenazmente en el final de la Avenida, por donde empezaban a aparecer en larga teoría, los alumnos de un Seminario;

dos a dos, avanzaban, erectos en el negro de sus vestiduras y, el púrpura vivo, de las bandas que les ceñían la cintura;

eran casi todos tudescos, holandeses, irlandeses, y algunos muy pocos, de países escandinavos;

pasaron cerca a la fila de coches sin mirar a nadie, bajos los ojos, en una mentida actitud de casto temor;

ya de los últimos, poco antes de los Rectores, que cerraban el desfile, apareció un mozo alto, delgado, flexible entre el hábito sedoso que lo cubría, larga la rubia melena, con unos enormes ojos verdes, voraces de luz y, una gran boca elocuente y sensual;

llegado frente al coche de la Baronesa Stolcky, sonrió cariñoso y saludó;

la Baronesa le respondió agitando su mano que temblaba, y, Sixtina agitó la suya con el ramo de rosas, como si se lo ofreciese;

el Conde se descubrió;

la madre y la hija volvieron las rubias cabezas para seguir la marcha del Seminarista que se alejaba;

y, hubo como una feria de ternuras en sus ojos.

—Conrado—, dijo el Conde, al cual parecía, ser familiar la figura del joven Seminarista.

—El pobre...—dijo la Baronesa, con trémolos en la voz;— le falta todavía un mes.

—Este año irá con nosotros a Sorrento—dijo la joven, y, su voz tenía algo de velado y de lejano, como si soñase, y, añadió;—El año pasado no salimos.

—Es verdad —dijo el Conde—la muerte del Barón...

y, todos callaron, como si el muerto evocado hubiese alzado entre ellos su augusta sombra pacificadora;

el desfile de los carruajes principió luego; y el de Casa Stolcky,—como dicen en Roma,—se puso lentamente en marcha;

chasquearon los foétes, en manos de los aurigas;

el Conde se destocó, inclinándose reverente, y fué a montar en su caballo, alejándose por los «viales» que van hacia la «Porta Pinciana», mientras el coche que llevaba a Sixtina y su madre descendía lentamente hacia la «Piazza del Popolo»;

la noche ascendente iba borrando las púrpuras y los cadmios y los cólchicos del cielo...

con un temblor de azogue las estrellas aparecían sobre el límpido azul,

y, una como sombra de Eternidad, cubría la «Ciudad Eterna».

***

En el pequeño «boudoir», todo en verde pálido diluyente en amaranto, la luz que entraba por el ancho y largo ventanal, que daba sobre el jardín, un viejo jardín de aspecto conventual, se tamizaba a través de los stores corridos que

representaban en sus caprichosos dibujos florentinos, escenas de Boccaccio, ingénuas y malhábiles en su inocente perversidad;

afuera, la tarde prolongaba mirajes ultradivinos, sobre la serena quietud de nos cielos de moaré;

a esa luz oblícua y apacible, el mordorado de los árboles se hacía de argento y el ritmo de sus follajes, era como el oscilar de sedería suntuosas y cambiantes en el fondo de oro pálido de aquella agonía solar;

cantáridas fosforecían entre las frondas, en un noctivagar ignescente;

palidecían los rosales, bajo un tremar de alas errabundas;

adentro, se movían las magnolias, prisioneras en los suntuosos vasos de Bohemia;

con los ojos abiertos sobre las perspectivas cuasi acuáticas que los cortinajes, las alfombras, los papeles de los muros y las pesadas tapicerías daban al aposento, Sixtina Stolcky, extendida en un ancho diván, mullido por cojines maravillosos de Oriente, ensoñaba,

dejaba errar su mirada como una mariposa somnanbúlica, por todos los objetos que la rodeaban, sin que ellos dijeran nada profundo ni sensitivo a su corazón de niña mimada, heredera de una gran fortuna, llegada al umbral de una juventud llena de perspectivas fastuosas;

nada le decían los cuadros voluptuosos de Fragonard, colgados a los muros, ni las escenas picarescas de los gobelinos que servían de «portieres», y, ornaban la primorosa pantalla puesta ante la chimenea, ni el reflejo lactescente que la luz hacía al quebrar su rayos en las ánforas y frascos, y jaboneras de Baccarat, que sobre una mesa de pórfiro sostenida por dos ciervos de bronce, formaban sus objetos de «toilette»; ni los bonzos ambiguos y, los crisantemos rituales que decoraban el biombo de laca, que le servía de abrigo;

esa tarde, había llegado de la «passeggiata», fatigada, enervada, vivamente trabajada por sensaciones extrañas, con una enorme sed de soledad y de quietud, y como esa noche no esperaban gentes extrañas a cenar, y, una súbita cefalalgía de su madre no les permitía ir al Teatro, se había despojado de sus ropas de calle y envuelta en un kimono de seda gris, bordado de grandes lotos de plata, se había acostado en ese diván, dispuesta a ensoñar, a hacer grandes escapadas al divino país de la Quimera,

y, rememoraba;

no era muy numerosá ni podía ir muy lejos la cabalgata de sus reminiscencias;

añorar es la Voluptuosidad de la vejez;

la juventud no la tiene;

es tal vez la única que le falta;

cuando se tiene veinte años no se tiene un pasado sentimental;

o si se tiene, está tan cercano, que forma uno solo con el presente;

así ella;

nacida en Atenas, donde su padre era Ministro Plenipotenciario de un reino ribereño del Báltico, traída a Roma, donde este había sido trasladado luego, no había salido del colegio sino para verlo morir, el año último;

y había quedado sola, con su madre, en ese suntuoso apartamento de la Vía «Quattro Fontane», donde recibían pocas gentes, y ella sufría la corte asídua del Conde Ornano;

su tendencia a ensoñar esa tarde, le venía de algo delicioso y muy reciente que acababa de tocar su corazón, como el ala de un pájaro-mosca el agua de una cisterna muy profunda, en la cual riela el resplandor de un lucero;

todas las tardes hacía con su madre su «passeggiata» en carroza, al estilo romano, por el Corso, y luego fuera de alguna de las Puertas que encierran la Ciudad, hacia los paisajes encantadores de las campiñas romanas;

solo los jueves iban al «Pincio» a la hora de la música, ya porque era esa la moda aristocrática de entonces, ya porque era el único día en la semana, en que los estudiantes del Seminario Tudesco eran llevados allí y podían su madre y,

ella, ver a Conrado Muller, el joven seminarista, su pariente, que en aquel Instituto estudiaba;

ella sabía bien poco de la vida de aquel primo suyo, que no la tenía muy larga, pues apenas de tres años le era mayor;

sabíalo nacido en Patrás, como toda la familia de su madre, e hijo de una tía carnal de ésta a la cual había oído nombrar, pero no había conocido;

de niños no se habían visto nunca, porque ella había residido con sus padres en Roma, y, había sido apenas dos años atrás que él había venido a estudiar a la Ciudad Eterna, traído por su madre, que le costeaba los estudios, y, era entonces que se habían conocido;

y, sus mejores recuerdos se referían al verano último, cuando él había venido a la casa para pasar allí sus vacaciones;

ellas, guardaban el luto de su padre, y no habían ido a veranear, circunscribiendo sus paseos al perímetro encerrado entre las Siete Colinas;

y, él, fué un compañero muy amable y muy útil en esa soledad;

atento, obsequioso, serio, con esa suntuosidad peculiar a los de su gremio pero lleno de esa gracia noble que informaba todos sus movimientos;

muy alto, muy delgado, muy pálido, tenía el aire ascético, pero, al mismo tiempo tan distinguido, que se diría un joven «lord», escapado a «Merton College», y vestido de abate para jugar alguna farsa de salón;

sus ojos verdes, de un verde limoso y profundo de aguas estancadas, eran tan tenebrosamente tristes, que atraían con la fascinación de aquella tristeza, semejante a la de las linfas tornasoles de una madrépora;

el tinte de su cutis era pálido de una palidez septentrional, pero sana, aunque engrandecida y acentuada por la reclusión; ojeras profundas hacían enormes sus ojos taciturnos, entre las largas pestañas, que proyectaban una sombra de helechos; la nariz muy larga, más que borbónica, voltairiana, la boca grande de labios voluptuosos, dejando ver unos bellos dientes lobescos, primorosamente cuidados; las manos largas, tentaculares, de gestos lentos, de esas manos que hacen la impresión de un pulpo de marfil, distendiendo sus tentáculos en actitud de caza;

sus largos internados le daban un aire claustral, que encuadraba admirablemente en los salones severos y penumbrosos de aquel Palacio, que el Barón Stolcky, ya jubilado a causa de su gran edad, había adornado con una regia suntuosidad al estilo de la Roma ochocentista;

y, en sus recuerdos le parecía ver aún deslizarse la alta silueta magra que en sus negras vestiduras tenía algo de fantasmal, por las opacidades violetas del salón lateral, donde ella solía tocar el piano a la hora siempre sensitiva del crepúsculo, y llegar hasta el biombo que la ocultaba, y, detenerse allí, pidiendo con voz suave el permiso de escucharla;

y, luego, se colocaba a un lado, absorto, silencioso, con las manos cruzadas sobre el pecho, en un gesto de oración, y, solo las separaba de esa actitud, para volver las hojas de la música, y entonces sus largos dedos, se hacían como transparentes, y, parecían filamentos de luz, que se proyectasen sobre el marfil cándido;

otras veces agitaba la diestra, marcando en el aire los lentos y suaves compases de la música y entonces la mano reflejándose en los techos, semejaba una araña deslizándose por los frescos bucólicos, que los decoraban;

apasionado de la música hasta el delirio y virtuoso del violín, se dejaba dominar por su encanto avasallador, seguía anhelante el vuelo y el espíritu de las partituras, y, se inclinaba a veces para leerlas, en los pasajes más difíciles, y, entonces su aliento desfloraba la nuca y las mejillas de ella, que se sentía extrañamente mal;

el silencio del salón se hacía cómplice; el biombo con molduras de bronce labrado, y, ricas láminas de marfil, representando escenas de caza, en campos bengalíes, hacía de aquel rincón delicioso de quietud, un reposorio de ensueños, incitativo a todas las caricias;

cuando ellos se callaban, el silencio se hacía omnipresente y obsesionante en el salón severo, donde los muebles de terciopelo adamascado, con molduras doradas, tenían pompas cardenalicias, como para hacer un marco digno, al retrato de un Cardenal, que había sido Camarlengo en tiempos del Papa Chiaramonti, y pariente próximo de los Stolcky; graso, rosado, plácido el Príncipe de la Iglesia, presenciaba esos diálogos sensitivo-musicales, cuasi sonriente, como si entre el blanco de su roquete y, el rojo vivo de su museta, recordase algunos semejantes habidos en su Palacio de «Vía Güilia», cerca a las verdes opacidades del «Tíber»;

la noche venía, y la música cesaba;

él, volvía como pesaroso y contrariado el botón de la electricidad y bajo las ondas de luz que parecían ahuyentar un vuelo de ensueños, le ayudaba a arreglar los papeles de la música, sobre el «etâgere»:

—Gracias, Eminencia—le decía ella que por una burla cariñosa, solía darle ese título, haciendo con eso alusión al pariente purpurado y ya difunto.

—«Pas encore»,—respondía él sonriente y mirando el retrato del Cardenal, cual si sintiese ya la caricia de la púrpura sobre sus hombros, y, la orla del birrete rojo, acariciándole las sienes;

y, se hacía vagamente ensimismado y soñador;

y, dialogaban luego, hasta que el fámulo galoneado, venía a llamarlos a la mesa;

y, ella recordaba con una gran emoción, esas veladas lírico-románticas, cual si sintiese aún la voz cálida del seminarista acariciarle los oídos diciéndole cosas de música y su aliento caliginoso rozarle las mejillas y hacer flotar los rizos locos de su nuca;

y, se extremecía ahora, como si un verdadero tocamiento material torturase sus carnes;

de esas conversaciones de Arte, en el cual era muy experto, había surgido la idea de varias visitas a Iglesias y Museos, para admirar obras maestras de pintura y de escultura, que a ella le eran desconocidas;

habían recorrido galerías, claustros y gliptotecas, admirando cuadros, estátuas, grabados, joyas y gemas mágicas, siempre con el acompañamiento de aquella voz cantante y grave que en los momentos de emoción, tenía trémolos muy bajos, cuasi ahogados, como si la voz se extrangulase, muriendo en la garganta;

ante los desnudos inmortales, él permanecía o fingía permanecer perplejo, pero, luego, gozaba en explicar hasta en sus más nimios detalles la belleza de ciertas curvas, la perfección de ciertas formas, el encantador juego de claro-obscuro, que la luz hacía sobre ciertas partes del mármol o del lienzo, donde el cincel o la paleta del artista, parecían haber trabajado con más reverente amor para reproducir las formas creadoras de la Belleza y de la Vida;

el atrevimiento de sus conceptos se suavizaba con las tenuidades de su voz, y el gesto todo pedagógico, con que los emitía, no sin que sus ojos se fijasen tenazmente, en el efecto que ciertas desnudeces hacían en su prima; y el verde fangoso de sus pupilas, se hacía aún más turbio, al ver agitadas aquellas carnes núbiles por una sensación que no era toda de Arte, y, hacerse rojo el rostro de la virgen, por un carmín que no era el del pudor;

y, efectivamente, este no sufría mucho en ella con la crudeza intencionada de ciertas explicaciones, y, hubiera visto caer sin inmutarse, todas las hojas de parra que cubrían el sexo de los Hermes y Bacos de la antiguedad, ornados sobre sus zócalos, de ese tardío homenaje del pudor oficial;

erudito, de una verdadera erudición, no baedekeriana, en cosas del árte cristiano, explicaba a su prima, sapientemente y con pasión, lo más bello de la pintura y la escultura post-greco-romana, y, el simbolismo oculto que forma toda la belleza, exclusivamente esotérica, de las Madonas, solo visibles en el rostro contemplativo, los Cristos agónicos y contorsionados bajo el dolor, y los mártires, muriendo bajo los suplicios, carentes de toda belleza que no sea la belleza espiritual:

todo eso la dejaba indiferente;
le faltaba la Fé, que suele embellecer tanta fealdad;
ella había oído hablar mucho de aquella famosa estatua de Paolina Bonaparte, hecha por Canova y en la cual, el Vicio desnudo adquiere esplendores de Apoteosis en aquel cuerpo divino, pero no la había visto nunca;
y, ahora deseaba verla; verla con él, para someterlo a la misma tortura a que él, la había sometido ante las estátuas de los dioses desnudos;
y, le dijo un día, ir a la «Villa Borghése», y ver el mármol encantador que yace en el Museo;
y, fueron;
era la hora postmeridiana, de un fin de Agosto abrumador;
el Museo, estaba cerrado;
el guardián somnoleaba en una garita cercana, desde la cual ayudaba a guardar el jardín silencioso, al jardinero dormido;
ante la negativa de este a abrir la Galería, que acababa de cerrar por ser la hora reglamentaria en el horario de estío, ella se puso tan triste y, tan contrariada, que él insistió suplicante;
el guardián, a vista de aquel joven tonsurado que llevaba el traje de un Instituto «nobile», y, por ende debía serlo, y ante la carrozza armoriada y el cochero y el lacayo con librea, y, más que todo, ante la efigie del «Re Vittorio», grabada en una moneda de oro que se le tendía, se dejó convencer y abrió la puerta vitrada que dá acceso al vestíbulo;
y, ellos entraron solitarios a las grandes salas desiertas, llenas apenas de la belleza de las pinturas y de las estátuas, que parecían complacidas de ver turbada su soledad por aquella bella pareja de jóvenes que ya los miraban con ojos asombrados de amor;
pasaron anhelosos, sin apercibirse bajo los fragmentos del Arco de Claudio, como si fuese a servir de pórtico a su juventud orgullosa y feliz;
la soledad los aguijoneaba, como un tábano sagrado que les picase las carnes,
hollaron indiferentes el mosaico donde combaten los gladiadores y los monstruos;
y, al fin llegaron a la tercera sala, en cuyo centro, blanca, desnuda, triunfal, se alza, como una gigantesca flor de mármol, entregada a la caricia de los siglos, la hermana incestuosa del César, bajo las facciones de Venus;
se diría una Amadriada de alabastro, en un jardín de ramajes opalescentes;
un magnolia de cristal, caída del corazón de una estrella;
la luz que caía sobre ella sabiamente combinada, parecía aislarla en una bahía de azul, sobre una isla de amor;
viéndola, sintieron que ante ella, exasperado por su perfección, el artista debió decir, no lo que Miguel Angel, a su Moisés, hiriéndolo en la frente: ¿por qué no hablas?, sino que hiriéndola en los labios debió decirla; ¿por qué no besas?...
tal es el efluvio de sensualidad ardiente, de deliciosa voluptuosidad que se escapa de aquel mármol desnudo, que parece pronto a fundirse, como un metal, al calor de los deseos que inspira...
cogidos de la mano, se acercaron a él, como temerosos de ser devorados por su belleza;
y lo contemplaron ávidos;
ella, no apartaba la vista de la estatua sino para mirar a Conrado, espiando el efecto que la estatua tentadora, podía hacer sobre aquel que en ese momento le estrechaba involuntariamente la mano contagiándola con su calor;
la mirada de este, mentirosamente serena, se detuvo primero en la frente bombada, pequeña, como la de una Madre del Amor, en los modelos clásicos; luego en la garganta columnaria, hecha no para el canto, sino para el suave arrullo colombino a la hora del espasmo en el placer; y, en los labios entreabiertos de los cuales, como de un divino panal, parece escaparse un enjambre de besos;..

y, luego se detuvo en los pechos, pequeños, erectos, duros, como dos ánforas de metal.

—Pechos de virgen--dijo con desdén—pechos que no dicen nada;... y, miró a su prima en los ojos, tenazmente, vorazmeute, como si una tiniebla lo cegara, y una infinita sed ardiera sus labios;

esta, temblaba, al calor de la mano, que estrechaba la suya hasta hacerla sufrir;

—Pechos sin morbideces,—repitió él—pechos aún no formados, como los tuyos;

y, así diciendo, había pasado un brazo, por detrás de la cabeza de ella, poniendo la mano sobre uno de sus pechos, apretando con una fuerza inconsciente;

ella, no se había defendido...

y, entonces él, la besó en los labios, tenazmente, ardientemente, con delectación;

y, ella, le devolvió los besos;

el ruido de una tos discreta, los hizo volver en sí;

¿cómo había logrado entrar hasta allí, aquella vieja inglesa, que ahora los miraba sorprendida, y como ultrajada en su pudor de sarcófago?

ellos la miraron con cólera;

dieron una vuelta más por la sala que ya no decía nada a sus corazones tan violentamente agitados;

y, abandonaron el Museo;

vueltos a la casa, quedaron aún por muchos días, como cohibidos bajo la impresión de aquella escena;

en las sesiones de música que siguieron y que eran presididas con una inesperada y tenaz asiduidad por la Señora de Stolcky, fueron sentimentales y románticos, como si una levadura de noble pasión se alzara en sus corazones floreciendo en besos mudos que morían sobre sus labios, con un temblor de alas;

así terminaron las vacaciones;

él, volvió al colegio;

y, ella, quedó sola;

entregada a sufrir la corte asidua y sentimental del Conde Ornano, que le hablaba de amor, de libros, de modas y de música encantando su cerebro, pero sin llegar jamás a perturbar su corazón; ahora miserablemente turbado;

y ya se aproximaba el verano;

y él saldría de nuevo en vacaciones;

iría con ellas a pasar el estío en Sorrento, donde tenían ya pedidas habitaciones en un gran Hotel;

y, pensando en eso, se removió inquieta en los cojines, como si una fiebre intensa la devorase, y sus labios hechos resecos, se extendían maquinalmente en la sombra, como si buscasen otros labios...

y, todo en el *boudoir*, perfumado y solitario parecía tener el rumor y la actitud de un beso.

—

La crisis sentimental que había asaltado a Sixtina Stolcky, cuando su primo volvió a encerrarse en los fríos claustros de su colegio, había sido una verdadera languidez moral, que se había disuelto en una tristeza profunda, tan profunda como la soledad en que quedaba sumida, la cual se engrandecía desmesuradamente;

se sintió sola, tan sola, como si todo lo que antes la rodeaba se hubiese hundido de repente, dejándola a ella, única en pie, en medio de tanta ruina;

su madre no era un ser apropiado para darle consolaciones;

demasiado ocupada de sus deberes de gran dama, dada entonces a cultivar su duelo, no se preocupaba sino de las visitas por hacer o recibir. los tés muy inti-

mos y cuasi familiares a los cuales solían concurrir, o las misas dichas por el alma de su esposo, y, todo eso con una exactitud protocolaria, a la cual la había habituado su larga vida diplomática al lado del fenecido Barón.

así llevaba a su hija de aquí para allá, empeñada siempre en el cumplimiento de alguna elegante futileza, ora a casa de los grandes costureros, como un bello maniquí para vestir, ora a los salones que frecuentaban, como un bello dije para admirar;

no se había preocupado jamás de lo que pudiera pasar en el alma de su hija y, apenas si se le había ocurrido la idea de que tuviese una;

así no había entre ellas, esa comunidad de almas, esa tierna y suave intimidad, tan necesaria a las jóvenes, y, que se extiende como un girón del velo de su cuna, sostenido sobre ellas por las manos maternales, para protegerlas contra las bruscas intemperies de la vida;

en la onda de melancolía que cayó sobre su corazón y que parecía ahogarlo, Sixtina Stolcky, no tuvo otro refugio que la música y la lectura, y se refugió en ellas, como en una isla inaccesible para todo lo que no fuera las alas de sus recuerdos que venían a volotear dulcemente sobre su corazón lacerado;

la música...

era como un rosal lánguido en el cual han muerto todas las rosas...

¿qué era ya la música sin él?... sin sus manos prestigiosas, para volver las páginas de las partituras, reflejándose sobre el teclado como grandes mariposas de nacar; sin su voz suave repitiendo a veces los adagios más pasionales, los ritornellos más acariciadores, como un suave rumor amado que le besaba castamente las mejillas; y, sin el encanto tan fatalmente atractivo de aquellos ojos de un verde fangoso, sí, porque ella sentía, que tras de aquellas pupilas de candidez mentirosa había todas las corrupciones de un pantano; y, eso era lo que la seducía, lo que la fascinaba, lo que la impulsaba fatalmente hacia él;

sus horas de música eran horas de soledad frente a frente a su recuerdo;... grandes escapadas líricas al país de los ensueños, al dorado país donde florece el loto;

y, le sucedía que cansada de bogar en la barca de los sueños, que las notas de la música guiaban como una larga teoría de cisnes enigmáticos que cantasen en el corazón de la noche, sus manos se inmovilizaban sin saberlo, los sonidos morían bajo sus largos dedos pálidos, como extrangulados por ellos, quedaba silenciosa, extática, como sumida en una divina hipnosis, a la cual hacían corte los budas sonrientes, y las garzas estacionarias que parecían meditar cerca a los esteros de oro, que incrustaban el biombo circuyente, que hacía de su soledad una pagoda destinada al fervoroso culto de un dios lejano;

sus lecturas la sugestionaban algo más, y le daban una mayor cantidad de encantamiento interior, permitiéndole vivir más violentamente su sueño, al vivir la pasión de los libros que leía;

debía toda su formación intelectual a su padre, hombre muy culto y erudito al cual los deberes de la diplomacia habían apartado un poco de la pasión del Arte, sin impedir que diera al culto de éste, todas las horas de raro vagar, que sus quehaceres oficiales le dejaban;

el Baron, era un hombre nórdico, pero todo absorbido y empapado por la cultura occidental, que se había asimilado admirablemente;

y, fué esa la que transmitió, a su hija, con su reciente pasión ibseniana, muy de última hora;

deficiente desde luego esa educación literaria, a causa del romanticismo que fué la pasión del Barón y que pareció haber petrificado todos sus gustos;

a ese respecto, fué, como todos los hombres de su tiempo y de su clase un retrospectivo, y casi podría decirse, que un retardatario;

en poesía, permanecia fanático incondicional de Lamartine y de Hugo, llegando, en Italia, por concesiones patrióticas, hasta aplaudir los timbalos bélicos de Carducci· el *Himno a Satán*, le parecía insuperable:

ignoró voluntariamente toda la poesía francesa, que va de Baudelaire a Rostand, y de Verlaine a Regnier;

y, en Italia, le fueron ignorados Pascoli y Rapisardi, como el entonces muy reciente d'Annunzio, al cual tenía en un despectivo horror;

en asuntos de novela, era arcaico hasta el remotismo;

goetiano impenitente, para él, *Werther*, era la Obra Maestra, apenas debilmente emulada, por *Obermann* y *Jacopo Ortis*; y esas monografías de egotismo romántico, lo seducían hasta el delirio;

apenas si llegó, por concesión a los medios sociales que frecuentaba y para poder adoctrinar en ellos, a leer algo de Balzac y aún de Stendhal, sin pasión y sin selección, conservando, como medida de buen tono, un odio agresivo por Zola, y los discípulos del castellano de Medán;

bien incompleta, por no decir rudimentaria, era pues la cultura literaria de Sixtina Stolcky, a la muerte de su padre, y así habría permanecido o se habría extraviado, si el Conde Ornano, no hubiese llegado a tiempo para encauzarla y orientarla;

él, inclinó su espíritu hacia la modernidad, e hizo de aquel tanque cerrado, donde sólo se reflejaban cielos pretéritos y remotos, una corriente de aguas vivas hecha para correr libremente por campos cultivados, bajo cielos de idealidad;

como una nube de pájaros de oro sobre el azul de una fuente recien surgida de la sierra, los poetas de Francia y de Italia se inclinaron sobre su corazón, para decirle el inmortal secreto del Amor y la Belleza,

y otros libros le dijeron en prosas tersas y suaves, otras cosas más profundas, de más profunda pasión;

ella, no era una sentimental, tocada del morbus enfermizo de la sensiblería, y así, las prosas manidas y los romanticismos paralíticos de Alfonso Daudet y los atáxicos de su escuela, la dejaron indiferente;

exquisita y refinada, un algo snob, las japonerías y chinoserías goncurtianas y su orientalismo de salón la divirtieron enormemente, y amó ese asiatismo de miniatura y esa sabia gliptografía que despertaron su gusto por lo exótico;

pero fueron los grandes y fuertes escritores, los titánicos, como Zola, Mendes y Mirbeau, los preferidos de sus lecturas; Paul Bourget tenía para ella el encanto no poco pecaminoso de ciertos objetos de toiletteíntima, y Pierre Loti, la seducción pictórica de una tetera china, con caprichosos grabados; el cerebralismo agudo de otras escuelas no la sedujo; y huyó de ellas como al peligro de una cefalalgia, que pudiera degenerar en meningitis:

pensaba con amor en el encanto febril, y la divina locura de Guy de Maupassant;

de los italianos, abandonó a Manzoni, que su padre le había enseñado a admirar como único modelo, y amó el verbo espejeante, la tristeza plenilunar, la profundidad taciturna de Fogazzaro; un Carducci en prosa, como ella lo llamó; *Malombra* era la obra que amaba más del gran veneto, y, apenas si gojeo el *Piccolo Mondo Antico*, que dejó sin concluir;

la fuerza, toda oratoria de Alfredo Oriani, la encantó por su sonoridad, pero fué Giovanni Verga, aquel que mereció todo su fanatismo; *Eros* la despertó a una nueva vida; aquella que había ignorado hasta entonces; y, que no quería nombrar; que no se atrevía a nombrar;

los fastos imponderables y las pompas salomonares, de d'Annunzio la envolvían en una como apoteosis de crepúsculo, y, se dejaba arrebatar por ellas;

así, nada tuvo de extraño, que al preparar su viaje, a Sorrento, su primera preocupación fuese la de comprar su provisión de libros, y, escojerlos, bajo el mesianismo amable del Conde Ornano.

y, fueron esos los que llevo al peñón florecido donde naciera el Tasso, y, los que arregló amorosamente en un anaquel con sus papeles de música, y, lució en sus manos primorosas en los jardines del *Hotel de Europa*, bajo los naranjales

olorosos, ante las miradas bovinas de los turistas sajones y tudescos, ya llegados a esa playa, que devoraban con los ojos su delicada belleza tan supremamente elegante;

y, fué con ellos que emprendió hacer la educación literaria de Conrado Muller, rehacio a esta especie de lecturas, y virgen de ellas;

para él, la novela, era hasta entonces, un campo de corrupciones mefíticas, algo inmundo y pestilencial, del cual sus tías, tan piadosas, que lo habían educado de niño, y sus maestros luego, lo habían apartado, con cuidado como de algo inespirable y fatal;

no sabía de otras novelas que de aquellas pornográficas, que circulaban clandestinamente en el colegio y, que él había visto ir de mano en mano de sus condiscípulos, y aún había leido a hurtadillas algunos capítulos que le habían producido una extraña sensación de vicio, que habia tardado largo tiempo en olvidar;

así su primera aproximación a los grandes modelos le fué al principio repulsiva, pero, al ir entrando lentamente en su familiaridad espiritual, sintio que entraba en la *Vida Verdadera*, aquella que ignoraba aunque la hubiese presentido amplia y angustiosamente;

y, amó el soplo de esa vida, que se escapaba de los libros caliginoso y voraz.

en él dominaba el intelectual, bajo las disciplinas severas que imponía a su espíritu la educación recibida;

por eso, aunque virgen de toda noción de Estética literaria, la prosa de los grandes estilistas, le produjo la impresión de belleza inexplicable que solo había sentido hasta entonces, una vez, oyendo los acordes de la *Misa Marcela*, de Palestrina, tocada en el órgano de San Pedro, en un día de fiestas pontificias;

al inclinarse sobre la vorágine de almas que allí hervía, sintió el vértigo mental;

y, vió que muchas de aquellas almas eran hermanas suyas, hermanas en un dolor, que ellas ya habían vivido, y que él sin saberlo había deseado vivir: almas de Amor;

aquel encuentro con las almas desnudas turbó la suya tan trascendentalmente, como había turbado su cuerpo el encuentro con la belleza desnuda, cuando besó en los labios de su prima, los labios de Paolina Bonaparte;

y, esa misma divina angustia, esa suave turbación, lo hacía temblar cuando de aquellos mismos labios, ya besados por él, oyó decir los primeros versos armoniosos, y, pudo repetir con el poeta, cuyo libro temblaba, entre las manos sensitivas de su prima; en «il gran meriggio su questa di flutti e di piante verde-azzurrina, conca solitaria», los disticos apasionados, mientras: «silenti passan le nubi ne la soorana luce dileguandosi»;

y, sentía que ondas deliciosamente líricas, turbaban su pensamiento, llenándolo de una indecible sensación;

y, lentamente, como obedeciendo al ritmo del verso:

«Si volsi verso l'ignorato
dominio de l'Inganno e del Piacere
...e li tremara il cor nel petto armato.»

y, vió surgir de aquel jardín de estrofas como de un jardín de Hesperides triunfales:

«una donna furtiva come un angue,
que
si compiacque ne l'Adolescente
y,
eran palesí nel suo corpo le origine divine
et bestiale;
ne la profondita de le feline
pupille;
e tutti a filtri di Medéa

davano ai baci suoi lenti un funesto
potere:
ella evocava ogni piu rea
memoria di libidine, l'Incesto
di Mirra, l'onta cretica»;

y, sintió él, también que una ola de extraño calor invadía todo su cuerpo, velaba sus ojos, ahogaba la voz en su garganta, y, ponía en sus labios un largo beso turbador,
el beso de

«la Lussuria Onnipossente
madre a tutti i misteri e a tutti i sogni.»

y, violento, cuasi furioso, en un gesto solemne extendió la mano hacia el libro, lo arrancó de manos de su prima, y lo arrojó al suelo...
Sixtina lo miró, con ojos asombrados, sonambúlicos, enormemente asombrados por un sueño tenaz, cual si en ellos abriese sus alas membranosas y tentaculares, el terrible vampiro: la Lujuria..
y, ambos callaron;
y, se hicieron soñadores;
bajo el candor de las estrellas, que aparecían como un vuelo de cantáridas sobre el cielo;
y, Venus, como un faleno de amor, surgía en el azur...
triunfalmente.

***

El Arte no nos revela el Amor, ni nos lo hace sentir;
en cambio el Amor nos revela el Arte, y, nos lo hace sentir hondamente si llegamos a él, en un momento de exaltación pasional;
y eso porque el Amor nos hace sensitivos, y, no hay momento más propicio para la comprensión de la Belleza, que aquel en que estamos apasionados por alguien o por algo y nuestros nervios vibran como las cuerdas de una arpa, tocada por manos invisibles;
nunca las sílabas de una frase ni las palabras de un verso, tienen mayor armonia ni más apasionante musícalidad que cuando las dicen unos labios muy amados, muy líricos, muy trémulos, rojos aún por la impresión de nuestro último beso, y, en los cuales, tiemblan las palabras con el temblor de las alas de un pájaro asustado;
nunca los cantos de un poema, ni las escenas de una historia de amor, adquieren mayor intensidad emocional que leídos en conjunto en una soledad amable y culpable, sin otros testigos que las rosas pensativas deshojándose lentamente como en un holocausto ritual, sobre la cabeza adorable que se inclina para leer y quedan prisioneras en la tiniebla de la cabellera que hace negras las páginas al proyectarse en ellas, y, la divina voz tiembla al calor de las palabras que lee y, las lágrimas humedecen el libro al rodar de las pestañas, donde lucieron como gotas de agua en las ramas de un zarzal;
y, esa era la emoción que ellos sentían, la fiebre que los asaltaba, cuando bajo las frondas del jardín en el Hotel, o, sentados en senda sillas cerca del alto barandal de la terraza que da al mar, leían ciertos libros bellos y sabios en que el amor aparece cautamente prisionero de la frase como un aspid encerrado en un cristal;
y, uno como estrecimiento carnal parecía agitar las ramas de los arbustos, y las parásitas como enervadas, despedían un acre vaho afrodisiaco; y. de las viñas exhaustas parecía escaparse un hálito de ebriedad que embriagaba de amor todas las cosas;
y ellos se sentían también como prisioneros de aquella ala de fuego envuel-

tos en esos efluvios febriscitantes y malsanos, que parecían escaparse del alma soñadora de la tarde, enferma de deseos concupiscentes;

y, una gran tristeza los invadía;

la Tristeza de la Voluptuosidad.

la Tristeza que turba y que acaricia...

y pide un himno de besos...

ardientes, como las llamas que se escapan del penacho flamígero del Sol.

. . . . . .

y esa tarde leían;

no en los jardines del Hotel, ni en los belvederes umbríos propicios a la ensoñación, sino a pleno sol y pleno aire, en la barca fletada por ellos, y que él había conducido sin barquero y remando solo, aguas afuera, hacia *Prócida*, desde donde se veían apenas diseñados en perspectiva, la costa bermeja de *Mergellina*, y a la siniestra el *Vesubio*, como un estilita enorme sobre su columna de lavas petrificadas;

la hora era cándidamente azul, porque todo el oro y el moaré de la tarde se habían extinguido lentamente, cual si se diluyesen la copa de pórfiro del mar;

hora sensitiva y apasionada, en que el sol como un faleno ígneo, escapado a las frondas misteriosas del Deseo, agonizaba sobre los cielos cálidos, prendido al tul de la Noche que surgía;

el rumor de las olas era tan débil que el golfo se diría extático, en un gesto de adoración;

en esa inmensidad azul, la minúscula barca parecía un pétalo errante, a merced de la misericordia taciturna de las olas;

ellos leían;

el libro, temblaba en las manos de Sixtina, mientras el remo, inmóvil, servía de apoyo a las manos de Conrado Muller, cruzadas sobre él;

la divina voz de la joven temblaba en el silencio, y vibraba en el aire, que parecía ébrio del azul metalescente de las aguas, que eran a esa hora tornasoles como un vino de Ischia, ofrecido en una copa de esmeralda a los labios sitibundos del sol...

el temblor de aquella voz no venía del corazón, ni era el sollozo empapado de lágrimas, que anuncia la tristeza de las almas;

no; era un temblor de la carne, un temblor de voluptuosidad, del cual toda espiritualidad estaba ausente;

ella, no era una sentimental;

tenía el horror de lo patético, que es una deformación desmesurada de lo real y, una torturante exasperación del sentimiento, que no tiene poder sobre las almas verdaderamente sensitivas y apasionadas; las turba sin conmoverlas;

ella, amaba los autores de prosa musculada y fuerte, los grandes escenógrafos de la pasión, los pintores de frescos, que recuerda a aquellos de Pompeya y de Herculano, los creadores de voluptuosidad, los evocadores de aquello que vive más fuerte y más profundamente en el alma de los seres y los tortura como una fiebre;

amaba los grandes sinfonistas de la carne;

aquellos cuya lectura le producía, la impresión de una caricia sobre sus carnes desnudas.

Zolá, era entre todos sus autores, el preferido;

leerlo le producía la impresión de sentirse brutalmente abrazada y violada por un domador de leones;

y, era la *Faute de l'Abbé Mouret*, el libro que leían..

llegaban casi a su final;

al momento decisivo;

aquel en que el jardín de la Casa Rectoral parecía hacerse obscuro, bajo las negras alas del Pecado, que se abrían sobre él...

y, las rosas acongojadas palidecían, misteriosamente enfermas, con el hálito de la Tentación, que flotaba en la atmósfera;
y los lirios hermanos se besaban como en un lánguido incesto;
la hora del beso culpable;
él, se había inclinado hacia su prima para leer mejor, aquel pasage en que la Virtud cae vencida por el Amor.
sus alientos se confundían.
sus manos temblorosas se tocaban.
sus almas, como sus ojos habían perdido el poder de contemplarse.
y se palpaban.
—No leas más—le dijo él, exasperado, y le quitó el libro de las manos, y lo arrojó al fondo de la barca;
y, ciñó con su brazo el talle de la virgen...
y, la besó en los ojos;
y, la besó en los labios;
y, ella se doblegó a sus caricias, como una liana tronchada;
y, fueron el uno del otro;
y, el ofertorio de sus cuerpos se cumplió;
en la paz de la tarde fenecida, en cuyo pórtico azul, temblaba Vespero, como un claro cirio nupcial;

. . . . . .

. . . . . .

el regreso a la costa fué lento, tapizado de besos, como un sendero procesional tapizado de pétalos y de corolas;
ambos habían abierto sus ojos sobre la Vida, como sobre un continente virgen que acababan de descubrir, y, la veían diafanizada, hecha espléndida y radiosa por ese algo misterioso de lo cual acababan de desgarrar el velo;
las languideces del crepúsculo parecían penetrar en sus almas, y, una como invasión de todos los ardores de la tarde les circulaba en la sangre;
como todos los amantes, hubieran querido hacer eterno aquel minuto de amor;
pero, la noche que llegaba los obligó imperiosamente a bogar hacia la costa;
apenas divisaron esta, momentos antes de tocar en ella, se miraron con desolación, como si fuesen violentamente expulsados de un paraiso apenas entrevisto del cual solo les había sido dado probar el fruto embriagante de los pomares florecidos;
llegados al embarcadero del Hotel, él, entregó la barca, al marinero al cual la había alquilado, dándole una rica propina, con la esperanza de tenerlo grato para dado el caso de nuevas excursiones;
les parecía que este, y, los otros barqueros que sonreían a su paso, leían en sus ojos la última estrofa del Poema, que acababan de vivir;
tomaron el ascensor que de la playa lleva a los jardines del Hotel, en los cuales la baronesa Stolcky, los esperaba, rodeada de otras damas, hablando futilezas;
viéndolos aparecer en la puerta del ascensor, sus ojos y sus labios sonrieron a la vez;
eran tan bellos;
él, en su traje de franela a rayas, el cuello de la camisa muy bajo, con corbata a la marinera, cinturón de cuero hebillado en acero oxidado, del cual pendía una cadena de aluminio que sujetaba sin duda un llavero oculto en el bolsillo del pantalón, ceñido al puño diestro un reloj de pulsera, en oro mate; destocado, trayendo el sombrero de paja en una mano y jugueteando con la otra en la cadena del cinto, era el tipo de un *gentlemán* de la más selecta *highlife*, haciendo el veraneo en playas de Dover.
ella, en un traje de satín muy ligero, color crema, carente de todo adorno y ceñido al talle por un cinturón de charol negro con hebilla de nácar, calzaba pre-

ciosos zapatos amarillos con medias del mismo color, y, se tocaba con un *canotier* de paja casi igual al de su primo;

estaba radiosa;

su belleza se centuplicaba por el color rojo vivo de sus mejillas, que no le era habitual y el brillo extemporáneo de sus pupilas, de ordinario tranquilas y serenas;

la baronesa sonrió ante tanta belleza que se le aproximaba y los besó a ambos en la frente;

y apoyada en el brazo de él, se puso en pie;

y, fueron a cambiarse de trajes, para luego cenar e ir como de hábito al baile del Casino.

. . . . . .

. . . . . .

desde aquel día, el jardín con sus ramajes obscuros y tembladores donde las gardenias abrían cálices de ámbar, y los geráneos eran como pebeteros de cristal saturando el aire de pérfumes sútiles; los belvederes umbríos donde las enredaderas tejian mantos de verdura cómplices, y los convolvulos les hacían coronas multicolores con el violeta de sus campanillas; las veredas ocultas de los caminos que llevan a *Meta* y a *Castellamare* y, la barca del pescador, que había sido como su lecho nupcial, fletada para tal objeto, fueron los diarios reposorios de su insaciabe amor;

se amaban con frenesí, con precipitación desesperada, cual si temiesen que algo imprevisto viniese a sorprenderlos en plena avenida del amor, impidiéndoles continuar el viaje por el feliz jardín de Citeréa;

como todos los enamorados jóvenes, perdieron la noción del peligro, y principiaron a olvidar las precauciones;

en el Hotel, se comenzó a rumorear;

el círculo de bañantes, empezó a encontrar excesiva la libertad de que gozaban los jóvenes;

y, la baronesa Stolcky, advertida tal vez por estos rumores, dejó de lado los periódicos de modas y las interminables novelas de Salgarí, únicas que ella leía, y, se creyó en el deber de vigilar un poco, y fué desde entonces como una sombra importuna que los siguió a todas partes; al baño en la mañana, al Casino a la hora del aperitivo, al *tennis*, al concierto de la noche;

entonces ellos, confiaron al silencio y al Misterio, el múltiple encanto de sus besos;

y, fueron las noches ardorosas, las únicas confidentes, y los únicos testigos de sus largos abrazos de pasión; y, era en altas horas de ella, que él abandonaba su aposento para ir al de aquella que lo esperaba;

y, se amaban hasta que la aurora venía con sus besos de luz a poner fin a los besos de sus bocas extasiadas;

la Baronesa, era una dormilona impenitente, más sin embargo, resolvió velar,

y, una noche, ya bien tarde, envuelta en un blanco peinador, en el cual los «alençons», temblaban como nieves recién caídas sobre un rosal, salió al corredor solitario, anduvo en la sombra, apagando el ruido de sus pasos cautelosos por el fieltro de las suelas de sus zapatillas, y, fué al cuarto de Conrado, con el pretexto de pedirle unos sellos que él, tenía, contra las neuralgias;

el lecho estaba vacío...

el corazon le dió un vuelco;

fué al aposento de su hija;

los halló allí, juntos, dormidos el uno en brazos del otro, después de largas horas de amor;

ahogó un grito llevando a los labios su pañuelo armoriado;

estupefacta, silenciosa, como un fantasma que llorara, abandonó aquella estancia;

se deslizó por la sombra de espaldas contra la pared, como temiendo desmayarse;
entró a su habitación que estaba vecina;
sus ojos desmesuradamente abiertos, como desorbitados de espanto, fulgian en las tinieblas;
el balcón que daba sobre el golfo estaba abierto;
salió a él;
la luna bañó con sus magnificencias aquel fantasma doloroso, que tendía hacia ella los brazos;
los encajes de la cofia y los del peinador, se hicieron como cristalinos a la luz lunar;
se inclinó sobre el barandado;
y, se precipitó en el vacío;
su cuerpo al caer rebotó sobre la roca, y no alcanzó a caer en el agua,
y, los rayos de la luna juguetearon sobre las desnudeces del cuerpo como sobre las alas de un ánade dormido.

***

Cuando Sixtina Stolcky, de vuelta a Roma, y, después de celebrar los funerales de su madre se refugió en su soledad, replegándose sobre sí misma, su vida le pareció un desierto cuyos límites retrocedían violentamente ante ella, desmesurándose y, haciendo infinito su desamparo;
la muerte trágica de la Baronesa Stolcky, que había conmovido dolorosamente a la colonia veraniega de Sorrento, había merecido por algunos días los honores de la crónica, en Roma;
se habló de suicidio y, de accidente casual;
la primera hipótesis, fué casi generalmente rechazada, por no hallarse razones que la hicieran aceptables;
rica, bella aún, con una hija adorable, nada podía impulsar a la muerte a aquella mujer encantadora, llena aún de vida y de atractivos, que hasta tarde hora de la misma noche en que feneció había tenido la sociedad del Hotel, bajo el amable encanto de su gracia y de su conversación;
se convino pues, en una desgracia, y no se habló más de ello;
todos acompañaron a la huérfana en su duelo, y, en los primeros días le hicieron compañía;
pero, poco a poco, los suntuosos salones del Palacio Stolcky, en la «Vía Quattro Fontane», fueron quedando vacíos;
el Dolor no tiene cortesanos.
Conrado Muller, aterrado por la desgracia, y, lleno de un terror supersticioso, había ido a encerrarse en los claustros de su colegio, entregándose a prácticas desesperadas de piedad, mientras llegaba el día cercano de su ordenación;
y, ella, había quedado sola, tan sola, que su propia sombra la espantaba al proyectarse sobre los suelos, o reflejarse en los espejos de sus salones desiertos;
solo el Conde Ornano no desertó;
sus asiduidades se hicieron más discretas, porque la soledad de la joven le imponía un mayor respeto, pero, se hicieron más tiernas, más humildes, más imploradoras;
él, también sufría, el horror de la soledad, y, tenía el miedo de morir en ella;
solo sobre la tierra, se detenía en el umbral de la vejez, lleno del temible espanto de penetrar solo en la inclemente penumbra...
y, hubiera deseado ofrecer el seno de esa soledad a Sixtina Stolcky, para que lo poblara con sus encantos, para que lo iluminara con el bello fulgor de sus ojos color de algas fosforecentes;
pero, retrocedía, más que ante la certidumbre, de no ser amado de la joven,

ante la idea, de que se creyese, que deseaba poner la mano sobre la fortuna inmensa que esta poseía;

y, su amor crecía en el silencio, absoluto y dominador, esperando la hora de mostrarse y de triunfar...

era su última, su gran pasión, que se arrastraba silenciosa, de rodillas, como hacia el altar de un dios del cual se teme ser rechazado;

su soledad, confinaba con la soledad de Sixtina Stolcky, y sus dos ensueños tenían un mismo punto de intersección, como las manos de dos náufragos tendidas hacia la misma roca;

ella, sola en los grandes salones de su palacio, donde los muebles, los tapices, las pinturas exquisitas y turbadoras, y todo lo que la rodeaba parecía hablarle de un pasado feliz, ahora desvanecido para siempre...

sí...

para siempre.... porque un nuevo dolor, una gran desgracia, tan grande o mayor que la de la muerte de su madre, la amenazaba...

estaba en cinta;

su falta florecía en su vientre;

al comprenderlo sintió como si la tierra le faltase bajo los pies;

y, tuvo un deseo loco de morir;

le faltó valor para ello, y optó por otra forma de sacrificio;

aceptó la mano del Conde Ornano;

y, se casó con él, para dar un padre al hijo, que empezaba a vivir, en sus entrañas;

fué valiente y fué audaz, y, se hizo a sí misma la ilusión de que se daba por sacrificio, cuando se entregaba por salvarse;

a los dos meses justos de la muerte de su madre tuvo lugar su matrimonio, que se celebró en la más extricta intimidad, a causa de su duelo tan reciente;

y, a causa de éste, se refugiaron en una soledad absoluta;

esa soledad era muy amada a Sixtina Stolcky, que la buscaba, como un refugio para olvidar;

¿olvidar qué?...

su loco y desventurado amor, al cual había sacrificado su vida;

y, trataba de ocultar su tristeza, para no ensombrecer con ella la frente venerable, de aquel que dándole su mano había salvado su honor;

y, el Conde, era feliz, de una felicidad radiosa y noble, la cual subió de punto, llegando casi a la embriaguez de la ventura, cuando ella le anunció, cautamente, tímidamente, como si le confesase un pecado, que se sentía en estado interesante...

él, la abrazó, la besó, la tomó en brazos y, recorrió con ella así, los salones y los aposentos y la depuso al fin sobre un sofá, como si temiese romperla, rompiendo con ella el fruto de su amor;

y, se arrodilló y, la besó largamente en las manos, en los brazos, en el cuello, y en las mejillas y, se prendió a sus labios, como si quisiese apurar en ellos la vida que ya había dado a otro ser que era una perpetuación del suyo;

y, bendijo a Dios, a la Naturaleza, a su Médico, cuyos sabios consejos le habían permitido ese alarde de tardía virilidad, por el cual a su larga edad había podido dar vida a un hijo;

y, llenó a su mujer de cuidados inverosímiles;

al fin llegó el día anhelado;

una caída sabiamente simulada por Sixtina, sirvió para explicar lo prematuro del alumbramiento;

pero, este fué feliz, y nació un bello niño, fuerte, robusto, con unos divinos ojos lagunares, de una diafanidad verdosa de estero septentrional;

el Conde los halló muy semejantes a los suyos. que no eran verdes sino, azules de un azul céltico y montañés.

Sixtina sabía bien a cuales otros ojos se parecían, de cuales otros ojos, eran reflejo...

y, vaciló no sabiendo si apartar de ellos los labios, o besarlos con pasión;

***

Si Sixtina Stolcky, se había sentido feliz de verse libre de los peligros de su alumbramiento lo habia sido, aún más, por poder leer una carta, que adjunta al testamento, y debidamente sellada y lacrada, había dejado su madre con esta inscripción en el sobre:

«Para mi hija cuando sea esposa y, madre. Si ella muere sin serlo, esta carta debe quemarse.»

así, apenas entrada en convalecencia, ansió leer aquella carta, y sola, en su aposento cuídadosamente cerradas todas las puertas, extrajo del precioso «secreter» de ébano con incrustaciones de marfil, que tenía en su alcoba, la preciosa carta materna;

rompió temblando el sello de lacre con las armas familiares;

desgarró el sobre amarillento de fuerte papel sin brillo;

y, halló las preciosas cuartillas, muy pocas, escritas en una bella letra cuasi varonil, sobre un delicado papel perfumado al heliotropo y del color de esa flor;

y, la carta decía:

«Hija mía:

»ya eres esposa, ya eres madre; todos los secretos del corazón y los del sexo te han sido revelados por el amor; el único secreto que la vida nos guarda, ya lo sabes;

»ahora: oye el de tu madre;

»moriré sin decirtelo; pero siento que no podría dormir tranquila en mi tumba si no te lo dijera en esta carta;

»mi espíritu se alza de ella, y va hacia tí, de rodillas como hacia un confesor.

»esta confesión es el RESCATE que impongo a mi falta; esperando que por la vergüenza de esta confesión me será perdonada;

«menos feliz que tú, yo no llegué pura el lecho conyugal; un hombre me había poseido antes, un hombre a quien amé con delirio en mis quince años, y que no pudo ser mi esposo:

»y, fuí madre;

»y, una hermana de la mía, que me amaba como tal, se deshonró para salvarme, y pasó por ser la madre de mi hijo, de CONRADO MULLER, a quien tú conoces, a quien te recomiendo amar como a un hermano y, a quien entregarás veinte mil liras, que por una manda especial, le dejo como dote;

«te lo digo así desde el fondo de mi tumba;

»¿me has oido?

»ahora bésame...

»besa mi sombra, hija mía;

»y, déjame dormir en paz;

»ya estoy perdonada;

»esta confesión es mi RESCATE »

. . . . . .

cuando Sixtina Stolcky, acabó de leer esta carta, ahogó un grito que se escapaba de su garganta;

miró azorada a todas partes, como si temiese que alguien la hubiese visto leer, que alguien hubiese, sorprendido su secreto; el secreto de su madre;

no desgarró la carta con las manos sino con los dientes como si hubiese querido devorarla; ¡esa carta que al revelarla la falta de su madre hacía la suya monstruosa, abominable!...

pálida, los ojos desmesuradamente abiertos e ilúsidos de espanto, se puso en

pie, anduvo como una sonámbula hasta llegar frente a la chimenea que ardía, y arrojó a ella, los fragmentos de la carta delatora...

con aire de inconsciencia trágica los miró arder, luego se apresuró a avivar la llama para que no escapase ninguno, como si al quemar los restos delatores de la vergüenza de su madre, quemara su propia vérgüenza;... una vergüenza que era un crimen...

y entonces, comprendiendo claramente por qué había muerto su madre, pensó que ella también debía morir, con el fruto ignominioso de su pecado...

y, con los ojos de demente miró a su hijo, que dormía en la cuna;

y, se acercó a él... y, lo miró dormir blondo y frágil bajo la naciente corona de sus cabellos rubios, cerrados los divinos ojos de un verde de esmalte que parecía reflejar el verde de esmalte de otros ojos...

y, sintió odio y horror, por ese niño, que era su Pecado, su horrendo Pecado...

y, tuvo un deseo loco de ahogar entre sus manos ese fruto de su Pecado... y, arrojarlo por una de las ventanas al jardín, como si arrojase al viento las cenizas de su Pecado;

y, se acercó a la cuna;

y, puso una mano sobre el cuello de su hijo dormido;

y, apretó!...

a la presión el niño despertó..

lloró...

ella también despertó de su acceso de locura; y retiró la mano, temerosa de hacer mal a su hijo que lloraba...

y, lo tomó en sus brazos sin mirarle, cautamente, amorosamente,

y, lo miró luego alelada...

y, le pareció que el naciente vello rubio que adornaba la pequeña cabeza, claro, como la pelusa de un melocotón, se hacia una melena larga, y fulgente como otra que ella conocía; luminosa, como un nimbó, y que había reposado tantas veces sobre su corazón;

y, que los pequeños ojos que se abrían ante ella, como dos esmeraldas en el fondo de un cofre, se hacían grandes, azulosos, luminosos de pasión, como otros ojos ausentes, que ella no podia olvidar;

y, que los pequeños labios que ahora parecían pedir la caricia de un pezón, se hacían largos, rojos, sensuales, y se le ofrecían como una oblación de besos locos, como otros labios ausentes que la habían enloquecido con sus besos...

y, besó con pasión la cabeza de su Pecado;

los labios de su Pecado;

los ojos luminosos de su Pecado...

y, sintió correr por todo su cuerpo el extremecimiento de su Pecado.

Fargasilla

LA ESMERALDA. Compro alhajas, dentaduras, pago su valor verdad.
POSTAS, 26, PLATERÍA.--TELEFONO 54-M

MUEBLES
de lujo y económicos.
Sección de alquilar en los pisos entresuelo y principal.
CASA SOTOCA
Echegaray, 8. Toda la casa, próximo a Carrera de San Jerónimo, (antes Hortaleza, 39) Hay guardamuebles.

CAJAS DE PAPEL
Millares a elegir desde 75 cts.
EL ARCA DE NOE
Corredera Baja, 39

COMPRO ALHAJAS
JOYERIA
Plaza Mayor, 23. (esquina a Ciudad Rodrigo.)

TRABAJO FEMENINO
Señoras y señoritas obtendrán una facil e inmediata ayuda a sus gastos disponiendo de dos horas diarias para la confecciòn (en cualquier localidad) de nuestras novedades y artículos de economía doméstica. Pedid catálogo ilustrado gratis. Apartado 841.-Madrid.

¡No preocuparse!
de callos ni uñas gordas. La célebre **Escofina Losada** de 1,10 y 1,65 ptas los destruye en el acto sin dolor. Se devuelve su importe a quien no satisfaga el resultado. En Droguerias y Ortopédicos.—Dt°. ctral. de España. Valverde, 14. Madrid. Viuda de R. Losada.-Gran rebaja por mayor.

Camisería Ridruejo
Novedades en corbatas cuellos y puños.—Abrigos de señora gran fantasía.-Medias y calcetines. — Géneros de punto.— Pañuelos de seda y algodón.— Canastillos y equipos.
R. Martinez Ridruejo
Fuencarral, 96 y Apodaca, 2
MADRID

PEÑA COMPRO Y PAGO MÁS QUE NADIE, ALHAJAS Y PAPELETAS DEL MONTE
SAN BERNARDO, 52.—T.° 5196-M

¡EUREKA!
CALZADO
WALK-OVER
Nicolás M. Rivero, 11
MADRID

BISUTERIA, JUGUETERIA Y PERFUMERIA
F. Martinez Hortaleza, 44
MADRID

Suaviza el cutis
ALCOHOLATO
Lo mejor para fricción.
Alcoholera. — Carmen, 10

LA CASA QUE MÁS BARATO VENDE
MARTINEZ, H.nos
ALMACEN DE MATERIAL ELECTRICO
MADRID Teléfono M-5087. Fuencarral, 12.

MOTORES
Arreglo y conservación.
Angel B. Ripoll y C.ª
(S. en C.)
Cabestreros, 5.-Tel. 2962-M

Conviene saber que el cabello se conserva bien si se le cuida; necesita higiene. El cabello descuidado se vuelve áspero y gris, se reseca y cae. Para evitar esto es preciso comunicarle nuevo vigor, aplicándole un buen nutritivo. El mejor es **La Flor de Oro,** incomparable agua para fortalecer el cabello y conservarlo abundante, suave y con su color primitivo.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

ES CÓMODO
para el comprador saber el precio de lo que desea comprar, y no tener que preguntar a los dependientes, que muchas veces juzgan al cliente según va vestido; por esto el **Palacio u Hotel de Ventas, Atocha, 34,** pone los precios en cada artículo, y el que quiere compra, y el que no lo hace un día vuelve otro, en la seguridad de que es la Casa que más barato vende.

Los escritores consagrados a la literatura infantil, no han tenido presente en sus actuales trabajos, la honda evolución que ha experimentado el niño en el breve transcurso de algunos años. El cinematógrafo, la divulgación de las Revistas gráficas, los folletos detectivescos, la vida febril moderna, en una palabra, han influido tan poderosamente en el cerebro del niño, que ya no bastan a entretenerle las ingenuas leyendas de Caperucita y Pulgarcito. Por el contrario, su imaginación, precozmente despertada, comprende nuestras grandes novelas y le son familiares los nombres de nuestros escritores.

KIRIKI

Este trabajo que lanzamos a la publicidad, se aparta por completo, tanto del trillado camino de los eternos cuentos infantiles, como de las astracanadas charlotescas y los espeluznantes episodios detectivescos. Es una novela infantil, en consonancia con el espíritu iniciado del niño moderno, y la cual, por la claridad y la belleza de su estilo, el interés y la amenidad de la anécdota, independientemente de sus maravillosas ilustraciones en cinco colores, deleitará por igual a los peque-